

SECCIÓN DE HISTORIA
Y GEOGRAFÍA

ARQUEOLOGÍA ARGENTINA

RESULTADOS DE LAS EXPEDICIONES ARQUEOLÓGICAS DE LA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE BUENOS AIRES.

I

LAS ANTIGUAS COLECCIONES Y LAS RECIENTES. MÉTODOS PARA
SU FORMACIÓN. CIUDADES Y CEMENTERIOS PREHISTÓRICOS.
TRABAJOS EN EL CAMPO DE LA EXPLORACIÓN Y EN EL
GABINETE.

Hasta el año 1905 las colecciones del material arqueológico argentino no obedecían á ningún principio científico, salvo las exploraciones realizadas por el Prof. Samuel A. Lafone Quevedo en Chañar Yaco y Hualfín, el reconocimiento de algunos sepulcros calchaquíes por Carlos Bruch y algunos otros hallazgos aislados sin gran importancia.

Sin embargo, la falta de verdaderas expediciones que imprimieran un rumbo decidido á nuestra naciente arqueología, no fué causa para que nuestros museos se viesen privados de ricas colecciones aunque adolecieran de un defecto tan importante cual era el de no permitir determinar su procedencia.

Hombres poco escrupulosos, pero profundos conocedores del tráfico de antigüedades, se lanzaron á la conquista de los restos prehistóricos esparcidos en las provincias que ocupan el faldeo oriental de los Andes y á costa de poco

esfuerzo, pero realizando verdaderos saqueos, llenaron los estantes de los museos extranjeros y aún de los nuestros. Nadie ignora que una excavación practicada con fines comerciales no permite que la observación sea completa y cómo el móvil principal consiste en extraer piezas enteras, no se dispone de la calma necesaria para restaurar las que se hallaron fracturadas ó se rompieron en el afán de llenar *petacas* para volcarlas luego á los piés del que por más oro las cambiara.

Es así que en los grandes yacimientos se suele encontrar el suelo pavimentado de preciosos fragmentos que ha arrojado la codicia ó ignorancia de aventureros, en gran parte anónimos. No pocas son las tristezas que atacan á los nuevos visitantes ante esos espectáculos que con un poco de severidad é intromisión del estado ó de aquellas instituciones á quienes estas cosas pueden interesar, podrían evitarse ó disminuirse, por lo menos. Y no constituiría esta medida ninguna novedad en América puesto que otras repúblicas menos importantes que la nuestra, como Ecuador, hace años que por ley ha prohibido rigurosamente la exportación de antigüedades.

Otro inconveniente más presentan estas exploraciones desordenadas, pues los saqueadores no se limitan, en su vandalismo, á una región ó un yacimiento, sino que invaden todas las ruinas donde se vislumbre la perspectiva de una buena cosecha.

Por otra parte los estudios realizados hasta ahora habían tenido un carácter singularísimo: consistían en descripciones, muy buenas algunas, de piezas aisladas ó colecciones formadas eventualmente, cuando no improvisadas. De esta manera no se habían podido formar verderos *cuerpos* donde fuera posible seguir las alternativas por que tuvo que atravesar la civilización de una determinada región.

Puede augurarse que estos inconvenientes empiezan á

desaparecer en virtud de la tendencia general á encausar la arqueología por caminos seguros, abiertos por una metafología severa. Así es como los conocimientos sobre el Egipto prehistórico han adelantado tanto en los últimos cincuenta años, durante los cuales completas expediciones, abandonando el terreno de la pura hipótesis, pudieron concretar conclusiones firmes á base de observación directa. No queremos decir con esto que las hipótesis deban ser destruidas del dominio de la arqueología; además de una inconsecuencia magnífica se caería en el grave error de sacrificarlas ante determinadas circunstancias, que sólo permiten las aplicaciones de tal criterio.

Este paralelismo lógico, esta correlación de la observación y la especulación es la que ha presidido las cuatro expediciones que, con fines exclusivamente arqueológicos, envió la Facultad de Filosofía y Letras, en estos últimos años, á los valles calchaquíes.

Sus resultados, como veremos enseguida, han sido satisfactorios, debiéndose contar en primer término, el haber formado colecciones completas, en el sentido más riguroso de la palabra, que permitirán en lo sucesivo poder relacionar á ellas las nuevas exhumaciones que se vayan practicando, estableciendo, de esa manera, puntos de referencia para el estudio de nuestra arqueología. Un verdadero método, sujeto á reglas fijas no pudo,—ni creemos que sea posible en ningún caso—aplicarse durante las exploraciones de los yacimientos prehistóricos; tampoco sería posible una descripción de las operaciones realizadas para poner en descubierto las ruinas, pues requieren variaciones que las circunstancias, el medio geográfico, la carestía de elementos y el estado de ánimo obligan á poner en juego. Aunque esto pudiera subsanarse quedaría en pie otro inconveniente mucho más grave que, en la mayoría de los casos, determina procedimientos nuevos. Nos referimos al estado de conservación ó destrucción en que se halla el material arqueológico ya

sea por efecto del tiempo, ya por la imperfección de su factura, ya por los elementos naturales que, en forma de masas aluvionales, derrumbes, montes, salitre, trabajos de las aguas etc., llegan hasta borrar los rastros de los viejos yacimientos. Sin embargo, haremos conocer, en síntesis, las operaciones principales puestas en práctica durante las exploraciones, hasta que por éstas se llega á la formación de las colecciones que podrán servir de base á estudios ulteriores, mediante clasificaciones y comparaciones.

Estas operaciones tienen su órbita de acción en dos campos completamente distintos pero íntimamente relacionados: el lugar de la exploración y el museo. Ambos se completan; uno llama al otro; los inconvenientes que presenta uno los subsana el otro; ambos se implican; su importancia se halla repartida tan proporcionalmente que cualquiera deficiencia redundaría en perjuicio de ambos.

En el terreno de la exploración todo es útil; en el trabajo de museo todo es necesario. En el primero se requiere observación completa hasta en los detalles más insignificantes; en el segundo hipótesis.

Las exploraciones se efectúan en aquellos lugares que por tradición, se sabe, pueden ofrecer algún interés arqueológico.

Los sitios preferidos han sido las ruinas de ciertas poblaciones cuyos escombros delatan una importancia más ó menos grande, pero no ha sido del material de las ciudades destruidas que se ha sacado el mayor provecho; de allí la importancia de los cementerios donde parece haberse condensado la vida íntima y compleja de las viejas civilizaciones.

No todos los pueblos prehistóricos de la República ofrecen las mismas características en lo que se refiere á sus enterratorios; las variaciones que se presentan, dentro del procedimiento general de enterrar á los muertos, permite, como se verá, ciertas inducciones que nos llevan á admitir la existencia de pueblos distintos, con costumbres propias y distintos antropológicamente.

Las ciudades, como los cementerios son difíciles de identificar muchas veces; es necesario entonces apelar á las tradiciones locales para conseguir su descubrimiento, examinar la geología del lugar pues los comunes derrumbes de la serranía suelen ocultar á grandes profundidades ricos tesoros arqueológicos, siendo otras veces la vegetación la que marca un rumbo ó resuelve una sospecha.

Así, sobre el terreno, es posible clasificar las poblaciones, considerando únicamente su estructura, su edificación, sus murallas, su radio; es posible distinguir las entre sí, saber las modalidades de su vida, si fueron guerreras, agrícolas ó ganaderas.

Las primeras, ó sea las guerreras, ocupan siempre lugares estratégicos junto á los ríos ó vertientes abundantes; están circundadas por una, dos y hasta cuatro y más líneas de murallas. En algunas de ellas, por ejemplo *Pukará*, en la Quebrada de Humahuaca, se decubre el espíritu eminentemente práctico de los viejos pobladores, pues la ciudad está circundada por todos los rumbos menos por el E, porque la entrada por este lado obligada á los asaltantes á describir un gran rodeo bajo las murallas del O y del N. (1)

Las ciudades agrícola ganaderas se hallan diseminadas en los valles, como las anteriores, cerca de los ríos, donde era fácil llevar el agua por medio de *acequias* á los campos de cultivo que poseían en las inmediaciones de sus viviendas. Se caracterizan por una pobreza *sui generis* y por su relativo aislamiento, de la misma manera que se encuentran hoy ciertos núcleos de población sin importancia alguna, dispersos á lo largo de los ríos y arroyos de las cordilleras. En algunas poblaciones se pueden ver, actual-

(1) *Pukará* (fortificación), fué reconocido por la cuarta expedición de la Facultad de Filosofía y Letras, en 1908. bajo las órdenes del Prof. Ambrosetti. Estas ruinas interesantes fueron exploradas en parte, pues el corto tiempo de nuestra estadía no permitió hacerlo completamente, dada su magnitud; en cambio, se reconoció en toda su extensión el rico yacimiento de «La Isla», á pocos kilómetros al N. de *Pukará*.

mente, áreas de terrenos bastante grandes, rodeadas por *pircas* de grandes piedras; esos eran los sitios preferidos para plantar el maíz que, indudablemente, debió ser la gramínea por excelencia en toda la comarca calchaquí.

Las ciudades, cualesquiera que fuesen sus características ó su vida, tenían sus cementerios, que ocupaban, por lo general, los faldeos próximos, fuera del recinto verdaderamente poblado. Esto es lo que se desprende en cuanto á los descubrimientos de las ciudades siguen los de los cementerios, en los lugares que acabamos de indicar. No obstante, es común hallar enterratorios definidos, «panteones de familia», ó tumbas aisladas dentro de las mismas construcciones.

Por eso es dable suponer que así como existían dos modalidades de inhumaciones dos también habrían de ser las categorías, en general, de las personas.

Otros cementerios que podríamos llamar comunales se caracterizan por no ofrecer una regularidad sistemática; son ocasionales, formados, talvez, por inhumaciones de individuos que vivían disgregados, sin haber llegado á constituir un núcleo de población.

Á estas tres especies de enterratorios pueden referirse todos los yacimientos fúnebres hallados hasta ahora en las regiones del N. O. argentino.

Hemos visto, pues, que las operaciones preliminares de toda investigación arqueológica, en su primera parte, ó sea en el terreno de las exhumaciones, pueden reducirse á las dos bosquejadas: las ruinas, propiamente dicho, y los enterratorios.

La observación y estudio de las primeras lleva al conocimiento de la vida práctica y externa de los pueblos, pero mayor importancia ofrecen los enterratorios, pues conducen directamente al descubrimiento de la vida intensa en sus múltiples manifestaciones, desde los períodos primitivos en que las sociedades parecen consolidarse, tendiendo á una unidad de aspiraciones, hasta su desarticulación total

motivada por una serie de fenómenos que la etnografía y la antropología pondrán en claro, en día no lejano.

Son los enterratorios y el material extraído de las tumbas los que permiten conclusiones determinadas, las cuales, mediante trabajos no interrumpidos, llegan á convertirse en formales. Efectivamente, la serie de investigaciones practicadas en las regiones calchaquíes ha dado por resultado la seguridad de distinguir una tumba de aquellos lugares y su contenido de otra cualquiera perteneciente á distinta comarca, y no solamente se han convertido en reales tales aseveraciones sino que, aún dentro de la misma civilización regional, es posible recorrer las transiciones de un estado á otro, marcar las etapas sucesivas en el transcurso de los siglos y descubrir, entre el inmenso material acumulado, las grandes lagunas que median entre las civilizaciones superpuestas, fenómeno harto demostrado para algunas localidades antiguas de los valles pre-andinos.

Siguen á la investigación en el terreno de las exploraciones, los trabajos de gabinete, ó sea el estudio directo del material en el museo. Antes de emprenderlo se requiere la restauración, completa en cuanto sea posible, de las piezas, que suelen llegar fragmentadas después de un largo viaje al través de comarcas ásperas, valiéndose de los únicos medios que, por cierto, ni son cómodos, ni seguros.

Estas restauraciones exigen trabajo y paciencia más ó menos largos según sea el estado de conservación y composición de los objetos; puede una pieza por más destruída que esté restaurarse en pocos días si el material usado para su confección es bueno, pero otra puede no restaurarse jamás si el material ha sido de tan mala calidad que los fragmentos, por el roce, han perdido las líneas de fracturas, imposibilitando sus uniones entre sí. Tal ha pasado con algunas urnas toscas de la baja civilización de Pampa Grande (Prov. de Salta).

Vienen enseguida los trabajos de numeración y catalo.

gamiento, operaciones todas mecánicas que sólo exigen atención para subsanar los pequeños desórdenes y confusiones que á menudo se presentan ante la acumulación de tanto material distinto.

En realidad el trabajo más importante empieza desde ya, es decir, desde el momento en que la colección está formada con todas las indicaciones recogidas, cualesquiera que sean sus fuentes. Á la vista de la pieza será posible entonces ir descartando las falsas afirmaciones ó las que por poco probable no pueden ser admitidas. Así es como sobre el derrumbe de una teoría empírica se levanta otra consciencia por el documento real, bien caracterizado y clasificado, ubicando los jalones, aunque sean aislados, de las civilizaciones prehistóricas sobre las cuales se cierne una especie de misterio que no revelan ni las leyendas más arcáicas ni las tradiciones más borradas. Ante el material restaurado, fácil de manejar, teniendo á la vista el variado simbolismo de un arte rudimentario, por ello más interesante, se siente el observador arrastrado á comparaciones, base de todas las operaciones de gabinete, pues la mera descripción de un objeto, aunque necesaria no es suficiente.

Sobre este terreno de las comparaciones completas, atendiendo á las formas del material y al decorado que presentan, se puede seguir desde su representación primitiva hasta su estilización última, la evolución cualquiera de un símbolo, estableciendo de esa manera el único orden cronológico, hoy por hoy aceptable, dentro de cada una de las civilizaciones que estudiamos.

Dos ventajas principales se obtienen de esta segunda parte en que hemos dividido el campo de las investigaciones arqueológicas; á ellas pueden reducirse todas las demás.

La primera consiste en que la imaginación, propiedad muy común entre los anticuarios, se ve refrenada ante una correlación estrecha de los dos campos reales que más arriba enunciamos, de modo que sin aminorarse el número

de las hipótesis, éstas quedan en un justo medio, donde aparecen desterradas las que pecan de atrevidas. Muchas veces sucede que ante la apertura de una tumba, ó ante la remoción de los escombros de una vivienda, nacen múltiples sospechas que se esfuman al examinar con prolijidad, en el gabinete, el material extraído de tales yacimientos. Por el contrario, una sospecha, nacida ante un detalle cualquiera en el momento de una exhumación, se convierte en verdad tan pronto como se realice el trabajo de gabinete.

La segunda ventaja consiste en la posibilidad de una clasificación de las piezas, atendiendo á las variadas modalidades que presentan, ya sean consideradas como simples hallazgos ó ajuares fúnebres, ya sea que se las considere desde el punto de vista de su forma, de su decoración ó de los fines á que fueron destinadas. Cuando sea posible reunir todos estos elementos en un objeto, la clasificación será completa, y no despreciable el paso dado por la Arqueología Argentina, ciencia incipiente que al marchar con lentitud denota su seguridad.

Á nuestra Facultad de Filosofía y Letras corresponde el haber encaminado estos estudio por los rumbos que dejamos apuntado; sus colecciones recientes, obedeciendo á un criterio científico se van aumentando con nuevas adquisiciones, producto de nuevas exploraciones que vienen á sentar definitivamente puntos de referencia en las zonas arqueológicas de esta parte de América. Las cuatro expediciones llevadas á cabo en la región calchaquí, han dado, como se verá, buenos resultados en el orden material y científico, dotando al Museo Etnográfico de valiosas colecciones que al ser estudiadas ampliamente contribuirán, talvez, á aclarar un tanto el discutido problema de la prehistoria americana, preocupación de muchos sabios nacionales y extranjeros.

SALV. DEBENEDETTI.

(Continuará)